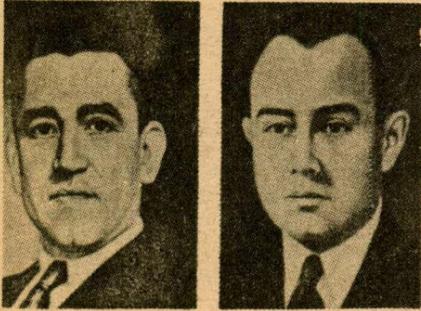


## MEMORACIONES

Miguel Angel Granados Chapa

## La política se llama Atlacomulco



Alfredo Zárate Albarrán y José Luis Gutiérrez.

Como ocurrió con el asesinato de Manlio Fabio Altamirano, que abrió la puerta de la política grande a Miguel Alemán Valdes, y modificó la historia del país, el homicidio que privó de la vida a Alfredo Zárate Albarrán, el 5 de marzo de 1942, alteró profundamente y para siempre la estructura política del estado de México, y generó también efectos trascendentes en la escena nacional.

Después de la Revolución, el **gomismo** había dominado en esa entidad. Se conocía con ese nombre a la corriente política acaudillada primero por el general Abundio Gómez y luego por su hermano Filiberto, que habían participado en las fases armadas del movimiento de 1910 y luego, siendo guerrerenses, se aposentaron en Toluca. Filiberto Gómez tuvo la percepción suficiente para transitar del gobierno de caudillos al de instituciones y fundó un Partido Socialista del Trabajo. Luego de ser diputado y senador, ascendió a la gubernatura del Estado entre 1929 y 1933 (su hermano había cubierto el cuatrienio obregonista, de 1921 a 1925). Sobrevivió a la pugna entre Calles y Cárdenas como virtual hombre fuerte de la entidad y pudo hacer de su yerno, el general Wenceslao Labra, el gobernador del cardenismo.

A este lo reemplazó el 15 de septiembre de 1941 Alfredo Zárate Albarrán, del mismo equipo político al que pertenecía Labra (quien era auxiliado entonces en su secretaría particular por un joven abogado de Veracruz llamado Octavio Senties). Zárate Albarrán llegaba a la gubernatura por escalafón. Di-



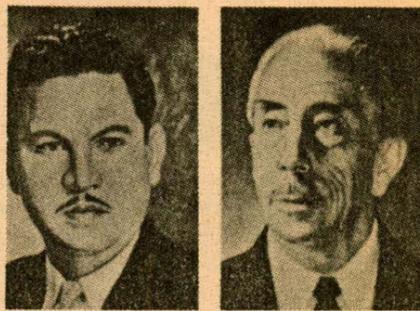
Isidro Fabela y Alfredo del Mazo

putado entre 1937 y 1940, fue elegido senador poco antes de que se le postulara para gobernar a la entidad. Todavía le duraba la euforia de su nuevo cargo, —lo asumió en septiembre de 1941— y se dedicaba de hecho a celebrar su adquisición, cuando fue asesinado. Encabezaba un banquete, en el casino del Charro de Toluca, que se prolongó hasta muy avanzada la tarde. Como dicen los cronistas de policía, el alcohol hizo sus estragos, a la alegría inicial sucedieron las disputas y, según era frecuente en aquella época, de sus fundas salieron las pistolas. Un diputado local, Fernando Ortiz Rubio, hijo del ex presidente de esos apellidos, disparó sobre varias personas, incluido el gobernador Zárate Albarrán. Vaya usted a saber si quiso matarlo, o fue todo producto de la borrachera. Quedaron heridas otras personas, y Zárate Albarrán murió tres días después de los sucesos, el 8 de marzo de 1942.

Avila Camacho y su secretario de Gobernación Miguel Alemán creyeron llegado el momento de renovar los mandos políticos en el estado de México. Por ello, y para eludir las presiones de los grupos actuantes de tiempo atrás, invitaron a un hombre oriundo del estado, que había hecho una carrera que lo convertía en ciudadano irreprochable y eminente, pero que por no haber vivido allí se mantenía distante de todas las corrientes de interés. Ese hombre se llamaba Isidro Fabela.

Fabela nació en Atlacomulco en 1882. Fue uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud y marchó a Chihuahua durante la revolución. Además de ser diputado, allí y en Sonora fue oficial mayor y secretario general de gobierno. Pero no caminó siempre por las rutas de la política doméstica. Especialista en derecho internacional, llegó a ser secretario de relaciones exteriores con Carranza, en 1913. Había desempeñado otros importantes cargos diplomáticos después, sobre todo en la Sociedad de las Naciones, donde clamó por la vigencia de los derechos de pueblos agredidos, como Etiopía y más tarde España. Con ese prestigio a cuestas, y su experiencia política, era un candidato que ni mandado hacer hubiera encuadrado más perfectamente en los designios de Avila Camacho y Alemán.

En su breve periodo, Fabela integró un equipo al que, con el correr del tiempo, se conocería como el grupo Atlacomulco, por el lugar de nacimiento del fundador y



Salvador Sánchez Colín y Gustavo Baz

de algunos de los integrantes. Entre ellos se contaron Alfredo del Mazo, Juan Fernández Albarrán, Gabriel Ramos Millán y Adolfo López Mateos. De todos ellos, este último fue quien menos tiempo permaneció en el estado de México. Militante en el vasconcelismo, tardó poco tiempo en rectificar y en incorporarse a las filias del Partido Nacional Revolucionario contra cuyo primer candidato presidencial había combatido tan ardua como inútilmente. Un su paisano, el coronel Carlos Riva Palacio, dirigía el partido en 1931 y lo hizo su secretario privado, cargo que simultaneaba con el de secretario del comité regional del PNR en Toluca. Cuando Fabela llegó al gobierno, lo convirtió en rector del Instituto Científico y Literario. Influiría más tarde para hacerlo senador. De allí, López Mateos pasó, ya en la política nacional, a la Secretaría del Trabajo, que fue su plataforma para ser Presidente de la República.

Del Mazo nació, como Fabela, en Atlacomulco. Había hecho una carrera administrativa menor, en oficinas federales de caminos y de irrigación cuando su paisano lo designó primero tesorero y después secretario general de gobierno. En tal época afirmó su amistad con López Mateos, a quien sucedió en el Senado. Antes, sin embargo, reemplazó al propio Fabela en la gubernatura del estado de México. También amigo de otro paisano suyo, Salvador Sánchez Colín, de Atlacomulco naturalmente, logró hacerlo entrar en la fórmula senatorial de López Mateos, y luego lo hizo diputado local por Texcoco. Del Mazo y López Mateos, juntos, pudieron dar a Sánchez Colín el impulso suficiente para que se quedara en el gobierno del Estado de 1951 a 1957. Del Mazo sería después secretario de Recursos Hidráulicos con su amigo López Mateos.

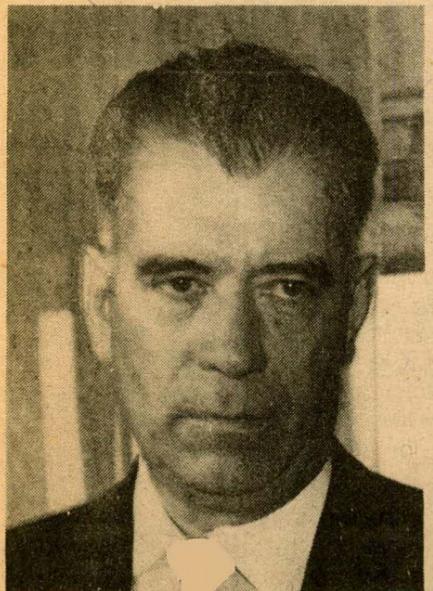
Juan Fernández Albarrán tardaría mucho más que su colega Del Mazo en ser gobernador, pero lo consiguió también. Con Fabela había sido alcalde de Toluca y diputado federal, y suplió a Del Mazo en la secretaría de gobierno cuando éste se perfiló a la candidatura a gobernador. Trabajaron juntos en el Senado, durante el periodo ruizcortinista. Allí Fernández Albarrán trabó amistad con el general Alfonso Corona del Rosal, que al ser nombrado por López Mateos presidente del PRI lo hizo secretario general. Sus antiguos lazos, y esa posición, lo pusieron en condi-



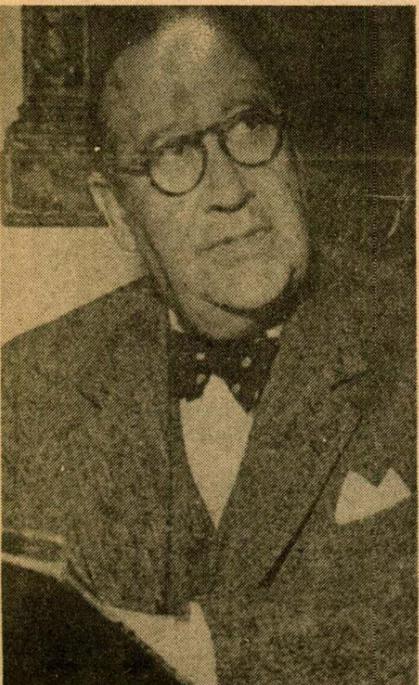
Juan Fernández Albarrán y Carlos Hank González

ciones de gobernar la entidad de 1963 a 1969.

Suele decirse de las personas que mueren, en una necrofilia mecánica y a menudo hipócrita, que eran dueños de virtudes excepcionales. Salvador Flores, **Chava Flores**, ese sociólogo musical de la cotidianidad lo ha expresado en una fórmula sintética y exacta: "Cuando vivía el infeliz, ¡ay, que se muera! Y hoy que ya está en el veliz: ¡qué bueno era!". Tal vez eso le ocurrió a Gabriel Ramos Millán, llamado en los cuarentas, con la cursilería de esa época (y de otras, incluida ésta), el **apóstol del maíz**, por sus esfuerzos por mejorar la producción del grano. Su muy cercano amigo Miguel Alemán, en cuyo gobierno veracruzano había colaborado, creó para él la Comisión Nacional del Maíz, en 1947. Antes, sin embargo, Fabela lo había introducido a la política del estado de México, al hacerlo diputado federal de 1943 a 1946, fecha en que pasó al Senado. De los dos senadores de esa entidad (el otro, como queda dicho, era López Mateos), el político de fortuna era Ramos Millán, por la importancia que el Presidente confería a sus tareas y por su vinculación con él. Hasta se le hacía presidenciable, cuando se desplomó el avión en que viajaba el 26 de septiembre de 1949. No obstante su importancia política, no fue el muerto más relevante de aquel **avionazo**: el público reparó más bien, y la lloró largamente, en la muerte de Blanca Estela Pavón. Por aquellos días, los hermanos Rodríguez la habían colocado en la cumbre de la popularidad al hacerla protagonista (**La Chorreada**, junto a Pedro Infante, era su papel) en **Nosotros los pobres y Ustedes los ricos**.



Alfredo del Mazo (Foto Hnos. Mayo)



Isidro Fabela (Foto Hnos. Mayo)

# MEMORACIONES



Gustavo Baz (Foto de Luis Borboa)

Ruiz Cortines buscó terminar, o interrumpir al menos, la hegemonía de los grupos locales de poder, máxime cuando estaban de alguna manera vinculados al alemanismo, que se hizo su bestia negra. Por eso, después de Sánchez Colín, procuró encontrar un gobernador que resultara, al mismo tiempo, indiscutido y lejano de los intereses aldeanos. No pudo hallar mejor candidato, con ese propósito, que el doctor y general Gustavo Baz, dueño de una vasta y variada carrera política y profesional. Nacido en Tlalnepantla, Baz se fue muy pronto a la Revolución y, como sucedía en la época si se reunían audacia e inteligencia, pronto era un imberbe general, afiliado a las tropas zapatistas. A los 24 años, por una breve temporada, fue gobernador de su entidad natal, en 1918. En vez de continuar una carrera política de inmediato, al concluir la lucha armada eligió volver a la Universidad, donde se graduó de médico, para marchar luego a Estados Unidos a especializarse. Hombre de ciencia y de gobierno, dirigió la Escuela Nacional de Medicina y la Escuela Médico Militar, y fue rector de la Universidad Nacional. Avila Camacho lo nombró secretario de Salubridad, y durante el alemanismo se eclipsó. Volvió a la escena pública como director del Hospital de Jesús (notable hoy también por el busto a Hernán Cortés inaugurado hace no mucho por el presidente López Portillo) y entró al gobierno del estado de México en 1957.

Conforme a la vieja máxima, si el grupo Atlacomulco no pudo evitar que un extraño llegara a la gubernatura, se unió a él, lo que en realidad significó coparlo. Igual se hizo con el más directo colaborador de Baz, un antiguo alumno suyo, el médico Jorge Jiménez Cantú, a quien Baz había patrocinado, como secretario de Salubridad, para que fundara una extraña organización paramilitar de feo aspecto nazi, el Pentatlón Militar Deportivo Universitario. Tan clara fue la cooptación, que cuando terminó el gobierno de Baz, Jiménez Cantú fue invitado a trabajar en la Conasupo por un joven cachorro del grupo, al que Díaz Ordaz había encargado de la dirección. Ese joven se llamaba Carlos Hank González.

Aunque éste no nació en Atlacomulco, sino en Santiago Tianguistenco, el 28 de agosto de 1927, después de un quinquenio como profesor de primaria empezó a enseñar en el nivel secundario precisamente en la capital del gru-

po. Dueño de un empuje que lo disparaba lo mismo hacia los negocios que a la política, Hank González pensó entonces lo que más tarde expresaría: que un político pobre es un pobre político, y decidió no ser pobre. Aunque, como también él mismo lo ha dicho, **se le pasó la mano**. Inició un pequeño negocio de fabricación y venta de dulces. Pronto halló socios y apoyos. Un joven cobrador de autobuses, por ejemplo, le regaló un pase para que hiciera gratis sus recorridos. Más tarde ambos coincidirían como gobernadores. Era Juventino Castro, que luego de su trabajo en los autobuses estuvo en condiciones de comprarlos y de gobernar en Querétaro. Algo semejante hizo el profesor Hank González, que al mismo tiempo trabajaba para el gobierno de Sánchez Colín y hacia política en la sección local del sindicato de maestros. Todavía bajo ese gobierno, y cuando no cumplía treinta años, fue elegido alcalde de Toluca. Con su fortuna política se incrementaba también la económica. Contratista de transporte de combustibles, organizó una enorme flota que fue la base de otros de sus negocios.

Diputado federal en la primera legislatura de su paisano López Mateos, fue también delegado del PRI en varias entidades. En esa época trabó relaciones que perdurarían, como las que lo unen con don Enrique Olivares Santana y con don Jorge de la Vega. Roberto Amorós lo hizo subdirector de ventas de Conasupo, a cuya dirección general ascendería en 1964. No terminó el encargo que por un sexenio le había encomendado su amigo el presidente Díaz Ordaz, porque al concluir el gobierno de Fernández Albarrán regresó a Toluca a suceder a éste.

Muerto Fabela el 12 de agosto de 1964, y convertido el doctor Baz sobre todo en un símbolo (más que un ejemplo para la juventud usted es un desafío, le dijo no hace mucho un joven político de la entidad), la jefatura del grupo Atlacomulco recayó en el profesor nacido en Santiago Tianguistenco, sobre todo cuando López Mateos empezó a morir inmediatamente después de dejar la Presidencia. Las circunstancias enteras militaron en su favor. Con una gran capacidad de trabajo y con otra todavía más amplia para hacerlo notar, inclusive aunque la realidad fuera menor que la mostrada, se fabricó una imagen de gran gobernador. El autoritarismo de los diazordacistas lo tuvo como un campeón, aunque ejerciera el mando con formas suaves y sonrisa permanente. Le tocó recibir los beneficios fiscales derivados de una zona industrial exenta de impuestos locales durante un cuarto de siglo, que finalizó justamente cuando él comenzó a gobernar, y cuyos tributos llenaron las arcas toluqueñas.

Con el presupuesto más grande de todas las entidades, Hank recuperó, desde Toluca, la dimensión nacional que pocos gobernadores logran tener. Llamó a trabajar con él a personajes como el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, don Julián Díaz Arias y Jesús Robles Martínez, y a ex gobernadores como Leopoldo Sánchez Celis y Juventino Castro. Hizo secretario ge-

neral a Jiménez Cantú, quien lo había acompañado en Conasupo y repetía, en el cargo. Pero tuvo influencia bastante para hacer que Echeverría, con quien Hank no simpatizaba, hiciera a Jiménez Cantú secretario de Salubridad y Asistencia. Fue así natural que Jiménez Cantú sucediera a Hank González cuando terminó su periodo, en septiembre de 1975.

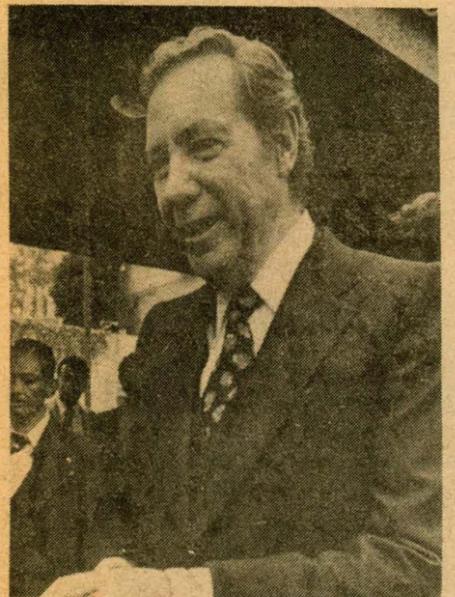
Entre ese momento y diciembre de 1976, Hank volvió sus ojos a sus negocios, y a un proyecto de escuela-industria que le complacía sobremanera. Aparte sus vehículos de transporte de combustible, Hank González modernizó sus operaciones. Cuando el presidente López Portillo lo nombró jefe del Departamento del Distrito Federal, y encargó sus empresas a su hijo Carlos Hank Rohn, había nacido ya el grupo Hermes.

Aunque entre mitología y chismorreos se habla mucho de la vastedad de empresas propiedad de Hank González (se habla de una cuya existencia constituye un hecho, es decir uno de esos hechos que si no lo son merecerían serlo: una constructora llamada Midas, en simbólico recuerdo del legendario rey que convertía en oro todo cuanto tocaba), lo cierto es que las empresas que oficialmente son dirigidas por su hijo se agrupan en el consorcio llamado Sociedad Industrial Hermes. En 1979, esta **holding** ocupaba el lugar número 48 en la lista de las 500 empresas más importantes de México, mientras que el año anterior llegaba apenas al número 62. Entre un año y otro, Hermes había aumentado sus ventas en un 65.7 por ciento, al pasar de 2,295 millones de pesos a 3,804 millones.

El grupo está compuesto, al menos, por Cerrey, una empresa cerrajera; Mexicana de Bienes de Capital; la afamada siderúrgica Campos Hermanos, "la compañía del acero especial", cuya sigla no cambia porque casualmente ayuda a difundir las iniciales del propietario; y la filial mexicana de Internacional Harvester, Fábrica de Autotransportes Mexicanos, S.A., (FAMSA). Si el nombre de esta última compañía le resulta a usted familiar en este momento no es sólo por una intensa campaña de publicidad, sino porque la semana pasada se anunció que esa empresa, justamente, y Dina, fabricarán los autobuses destinados al transporte urbano, luego de la municipalización decretada justamente por el profesor Hank González. Para que no siempre se piense mal de Banobras hay que anotar que para ese necesario servicio público esa institución de crédito acordó un financiamiento superior a seis mil millones de pesos.

Así llegamos al final de esta historia. Como Ruíz Cortines en su tiempo, el presidente López Portillo decidió interrumpir al menos la vigencia del poder local encabezado por su colaborador, el profesor Hank González. Era importante hacerlo no sólo por razones relacionadas con la democracia del estado de México, sino también para disminuir, la influencia que el grupo nacional vinculado con el jefe del DDF podrá ejercer en torno de la sucesión presidencial.

Impedido él mismo por razones constitucionales para ser Presi-



Carlos Hank González (Foto de José Luis Rocha)

dente de la República (no obstante sus esfuerzos por poner a debate, y eventualmente hacer derogar el artículo 82, que demanda una oriundez por los cuatro costados), el profesor Hank González estaba en posibilidad de determinar en buena medida el rumbo de la sucesión. No sabemos si lo hizo, pero al menos hace diez meses se anunció que la elección de Alfredo del Mazo González, hijo de Alfredo del Mazo Vélez para remplazar a Jiménez Cantú significaba cortar las alas al hanquismo. Aunque su padre perteneció como protagonista al grupo Atlacomulco, la breve carrera pública de su hijo se desarrolló después de la muerte de aquél y fuera de la entidad. Se le estimaba, así, con suficiente legitimidad para ser admitido en vista de sus antecedentes, y ajeno a las influencias locales perniciosas.

Si esa realidad se mantiene en los próximos años, naturalmente está por comprobarse. Por ahora, las elecciones municipales del domingo 29 no dejaron un buen saldo. Es posible que los **emisarios del pasado** hayan interviniendo para crear conflictos. También es posible que se hayan producido errores, fruto del noviciado o de los intereses creados que no es posible extirpar. Asimismo, lo que acaso sucedió en muchas poblaciones es que se enviaron candidatos foráneos. De eso se quejan los políticos que no han nacido en Atlacomulco o en el Valle de Toluca: se prefiere para todo a los oriundos de allá, y por lo tanto sus oportunidades de carrera política concluyen en la diputación federal. Hará falta, por consecuencia, promover una mayor circulación política.



Alfredo del Mazo (Foto Hnos. Mayo)